

nado de supersticioso, ni los ha pedido, ni ha manifestado por ninguna señal que desearse tenerlos.

¿Cuales son, pues, nuestras tachas ó nuestros resábios, y donde están nuestra indocilidad y nuestros vicios? Están en que pretendemos ser libres, y no se nos deja serlo: en que buscamos los medios de serlo, y se nos abre un foso, se levanta un muro, y se guarnece de buenos escopeteros. Permittedse á los Estadosunidos del norte que á su placer y conciencia edificasen su libertad, y lo hicieron por medio del federalismo, y ya llegan á la cumbre del Olimpo; mientras entre nosotros sin deliberacion y á escondidas se nos encajó el centralismo, y ya estamos . . . ¿què diré? buscando al sepulturero: y ojalá fuésemos á la sepultura por una enfermedad violenta en el vigor de la naturaleza, pero vamos en esqueleto á que nos ha reducido un tormento continuado.

Y á fe que no nos podemos llamar engañados, cuando en nuestra casa de abuelo tenemos la prueba de la gran debilidad del gobierno central en estado grande. Respectable demasiado era España cuando la nacion era solo la península; más apenas el descubrimiento de América la engrandeció en tamaño, que se postró, y en un lecho de dolor está casi sin movimiento. Poblacion, riqueza, rango, industria, comercio, todo lo perdió. ¿Que fenómeno! Atender no pudo á todo, ni favorecer á todos en la distancia, y dió al América satrapias al mismo tiempo que no fué mezquina en la lejislacion, ni aun en las mercedes. Por una ley de Indias era estrechamente prohibida toda derrama que pasase de 200 ps., y aun esta debia ser con prévio conocimiento y consentimiento de la audiencia territorial: punto que antes de la revolucion se llevaba con tanta escrupulosidad, que á un gobernador de Coro le costó el empleo y la vida el quebrantamiento. Pero nada de esto era bastante á contener al América en la distancia, y el gobierno central español perdió las posesiones americanas, apenas abrieron los ojos.

Contrayéndome mas, y entrando en nuestra propia casa, tenemos pruebas perentorias de la gran debilidad de nuestro gobierno central en los dos únicos notables acontecimientos que se han presentado á la república, uno en 1823, y otro en 1826, ambos pequeños en su esencia, pero de tan gran entidad en sus resultados, á causa del centralismo, que con el uno iba pereciendo, y con el otro se ha trastornado, y nos tiene padeciendo. El jeneral español Morales tomó á Maracaibo, que de ningun modo habria sucedido á ser aquello un estado; y el gobierno central de Bogotá que vino á saber mui tarde la ocurrencia, no alcanzó con su poder centralizado á mas que á disponer marchas infructuosas, gastar dinero inutilmente, hacer morir bastantes colombianos y poner en juego las facultades extraordinarias. La gran torpeza de Morales y el increíble arrojo del jeneral Padilla en un momento de conflicto lo hicieron todo; y al gobierno central de Bogotá, que tan aflijido estuvo, no le tocó mas parte que alegrarse la jente allá con el canto de un *Te Deum* y repiques de campanas al cabo de un mes que ya todo estaba frio por acá.

Pero ni aun de tan chiquito y pueril placer gozó en la otra ocurrencia, sino penas y angustias hasta que se precipitó y nos envolvió á todos en los males que nos cubren y agobian, sin mas esperanza de salvacion que el federalismo para no quedar sumerjidos. El jeneral Paez en 1826 desobedeció el gobierno, sea por lo que fuere, y sea como hubiese sido. Yo prescindo de todo, pues nada dello viene al caso, y solo voi al hecho, al nudo hecho de que desobedeció y se puso en armas. ¿Hubiera podido hacerlo con solo decirlo, como asi sucedió, si Venezuela hubiese tenido adentro su gobierno propio y peculiar de un estado? Creo que no, aunque hubiese tenido Paez diez mil razones y diez mil lanzas. ¿Y cuando fué que lo supo el centro de Bogotá? Cuando ya el movimiento estaba consolidado, cuando habia tomado ya un aspecto militar y político que imponia, y cuando ya las ideas estaban adelantadas hasta donde se habia querido en la confianza de lo lejano, por que para emprender se sacaba la cuenta de los dias; y en revolucion dias seguros para obrar, valen el éxito de la revolucion, y sobran algunos para el soláz y la mofa.

De aqui vinieron todas las desgracias. En Bogotá sin saberse ni poderse saber cual era el caracter y fondo de aquel movimiento, y me parece poder decir tambien que sin quererlo saber, se limitó por necesidad el gobierno central á escribir cartas, establecer hipótesis, decretar marchas hipotéticas, ofrecer premios, premiar traiciones, y poner en movimiento las facultades extraordinarias que con profusion flameaban por donde quiera: siendo lo peor que cada paso que daba era claramente al precipicio. Escribian al gobierno cuantos querian escribir, pero sin saber lo que escribian; y en la confusion misma que causaban tantos escritos contra personas, y ninguno sobre cosas, el distante

1826